

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
 Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
 como hija, esposa y madre,
 conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
 Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
 para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
 Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
 el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
 Muéstranos tu protección de Madre
 y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

ESQUEMA:

TEMA 8. Celebrar con María

1) INTRODUCCIÓN	1
2) LA SONRISA DE LA VIRGEN MARÍA.....	2
3) VIVIR EL TIEMPO DE PASCUA JUNTO A MARÍA.....	3
4) LA PRESENCIA MATERNA DE MARÍA EN EL MISTERIO NUPCIAL.....	4
5) RESUMIENDO	5
6) CONCRETANDO	5
7) PRÁCTICA FAMILIAR	5

1) Introducción

El libro de los Hechos de los Apóstoles nos narra la continuación del evangelio de San Lucas. En el primer capítulo, tras las últimas instrucciones del Resucitado a sus discípulos, y su Ascensión al cielo, se nos cuenta cómo los discípulos volvieron a Jerusalén, concretamente al Cenáculo, un lugar donde la memoria de lo vivido con Jesús permanecía fresca aún. En este contexto, se afirma lo siguiente: “Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos” (Hch 1,14).

Podríamos establecer una cierta analogía de esta situación con la nuestra de confinamiento en estos días. También nosotros en estos días podemos aprender en familia a perseverar en la oración con María, día tras día, en nuestra propia casa. El Padre José Granados nos decía en la conferencia que nos ofreció el mes pasado que el lema “Yo me quedo en casa”, podría traducirse como “Yo me quedo en María”. A este respecto, el filósofo Gaston Bachelard en su obra *La poética del espacio* nos habla de “la maternidad de la casa”. Estos rasgos maternos de la casa aluden a que ella nos protege, nos recoge, nos ampara, y podemos aprender a convivir, en la tarea cotidiana de formar un hogar, una comunión de personas. Y es que el hombre, a diferencia de los demás seres, es un ser que habita. Es decir, no solamente se adapta al hábitat, sino que transforma su entorno y construye una habitación. Aprender a habitar es aprender a crear ámbitos de intensa vida comunitaria, donde los vínculos nos hacen crecer juntos. Así, el hogar se convierte en el centro del que arrancan los mil caminos de la trama de nuestra vida familiar. Esta experiencia de habitar en una casa se corresponde con nuestro cuerpo, que constituye nuestra primera morada, nuestra primera forma de instalación en el mundo. Aprender a vivir en el cuerpo es aprender a habitar, y no podemos olvidar que nuestra primera morada es el seno materno.



Podríamos decir que así como cuando el cuerpo está sano y funciona con normalidad, el cuerpo se hace invisible, se oculta para que nos hagamos presentes al ambiente, así también la presencia tantas veces discreta de la madre en el hogar genera serenidad y una atmósfera cálida, acogedora. La pregunta que queremos hacernos este mes es: ¿Cómo está presente la Virgen María en nuestra vida? ¿Qué puesto juega en nuestras celebraciones familiares? ¿Cómo aprender a celebrar con María, y a María, en nuestras familias?

Este mes de mayo, mes de las flores, es una nueva oportunidad para dejar que la fragancia de María inunde nuestras casas y su presencia gozosa refuerce nuestros vínculos.

2) La sonrisa de la Virgen María

La Virgen María vive en el gozo y la gloria de la Resurrección. Las lágrimas que derramó al pie de la Cruz se han transformado en una sonrisa que ya nada podrá extinguir, permaneciendo intacta, sin embargo, su compasión maternal por nosotros. El salmista, vislumbrando de lejos este vínculo maternal que une a la Madre de Cristo con el pueblo creyente, profetiza a propósito de la Virgen María que “los más ricos del pueblo buscan tu sonrisa” (*Sal 44,13*). De este modo, movidos por la Palabra inspirada de la Escritura, los cristianos han buscado siempre la sonrisa de Nuestra Señora, esa sonrisa que los artistas en la Edad Media han sabido representar y resaltar tan prodigiosamente. La expresión del salmista “los más ricos del pueblo”, no se ha de entender referido a los que tienen más riquezas materiales o más poder, sino los más ricos en la fe, es decir, los que tienen mayor madurez espiritual y saben reconocer precisamente su debilidad y su pobreza ante Dios.

Mirar a María, encontrarse con ella a través de la mirada para contemplar su sonrisa es fuente de inspiración para celebrar en familia. No se trata de infantilismo ni sentimentalismo desfasado, sino de descubrir en esta manifestación tan simple de ternura como la sonrisa, que la mayor riqueza es el amor que Dios nos dona y que pasa por el corazón de la que ha llegado a ser nuestra Madre. Buscar la sonrisa de María es aprender a acoger la gratuidad del amor y, a la vez, aprender a provocar la sonrisa de los que nos rodean. De modo semejante a como los niños tratan de que su madre esté alegre haciendo lo que le gusta.

La Sagrada Escritura nos dibuja en los labios de María su sonrisa cuando entona el *Magnificat*: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador” (*Lc 1,46-47*). María, anticipadamente, comparte con nosotros, sus futuros hijos, la alegría que vive su corazón, para que se convierta también en la nuestra. Cada vez que se recita el *Magnificat* nos hace testigos de su sonrisa. Así, María nos da a conocer primero su sonrisa, como si fuera la puerta de entrada más adecuada para la revelación de su misterio. Se trata, pues, de cultivar una relación viva, profundamente humana, a nivel personal, conyugal y familiar que nos une con la que Cristo nos ha entregado como Madre.

En este tiempo de epidemia, en la sonrisa de la Virgen está misteriosamente escondida la fuerza para continuar la lucha contra la enfermedad y a favor de la vida. También junto a Ella se encuentra la gracia de aceptar sin miedo ni amargura el dejar este mundo, a la hora que Dios quiera.

3) *Vivir el tiempo de Pascua junto a María*

A la luz del misterio pascual, que la liturgia nos invita a celebrar durante todo este mes, se nos invita a renovar el anuncio cristiano más hermoso: ¡Cristo ha resucitado, aleluya! Este mes de mayo nos impulsa a vivir en nuestras familias la alegría espiritual de la Pascua en comunión con María santísima, comunicando y compartiendo con los demás la gran alegría que debió de sentir por la resurrección de Jesús.

Es propio de este tiempo de Pascua cantar la antífona *Regina caeli*. Se trata de una de las cuatro antífonas marianas (*Salve Regina*, *Alma Redemptoris mater* (Adviento y Navidad), *Ave Regina caelorum* (Cuaresma) y *Regina caeli* (Pascua)). Se canta en coro y de pie al final de las Completas y optativamente al final de la Misa en lugar de la Salve. Desde 1742, por deseo de Benedicto XIV, se reza en lugar del Angelus, a mediodía. Aunque es de autor desconocido, la antífona se atribuye al Papa San Gregorio Magno, del que se cuenta que escuchó los tres primeros versos cantados por ángeles mientras caminaba descalzo una mañana en una procesión por Roma, añadiendo él el cuarto verso. La antífona se difundió y popularizó en los siglos XII y XIII, gracias a los frailes franciscanos. La versión musical más frecuente es la gregoriana, pero diferentes compositores como Tomás Luis de Vitoria, Claudio Monteverdi, Antonio Vivaldi, Mozart, Brahms o Willcoks la han musicalizado. Sería una hermosa práctica aprenderla bien y cantarla cada noche en familia durante este mes de mayo.

Esta plegaria que nos hace gustar la alegría confortadora de la presencia de Cristo resucitado. En efecto, como sabemos, en el *Regina caeli*, nos dirigimos a la Virgen, invitándola a alegrarse porque Aquel que llevó en su seno ha resucitado: “*Quia quem meruisti portare, resurrexit, sicut dixit*”. María guardó en su corazón la “buena nueva” de la Resurrección, fuente y secreto de la verdadera alegría y de la auténtica paz, que Cristo muerto y resucitado nos ha obtenido con el sacrificio de la cruz. Pidamos a María que, así como nos ha acompañado durante los días de la Pasión, siga guiando nuestros pasos en este tiempo de alegría pascual y espiritual, para que crezcamos cada vez más en el conocimiento y en el amor al Señor, y nos convirtamos en testigos y apóstoles de su paz. La Virgen María, a quien las letanías lauretanas nos invitan a invocar como *Causa nostra laetitiae*, “Causa de nuestra alegría”, nos obtenga experimentar siempre la alegría de formar parte del edificio espiritual de la Iglesia, comunidad de amor nacida del Corazón de Cristo.

Como señalamos al inicio, en los días que siguieron a la Resurrección del Señor, los Apóstoles permanecieron reunidos, confortados por la presencia de María, y después de la Ascensión perseveraron, juntamente con ella, en oración a la espera de Pentecostés. La Virgen fue para ellos Madre y Maestra, papel que sigue desempeñando con respecto a los cristianos de todos los tiempos. Cada año, en el tiempo pascual, revivimos más intensamente esta experiencia y, tal vez precisamente por esto, la tradición popular ha consagrado a María el mes de mayo, que normalmente cae entre Pascua y Pentecostés. Por tanto, este mes de mayo, nos ayuda a redescubrir la función materna que ella desempeña en nuestra vida, a fin de que seamos siempre discípulos dóciles y testigos valientes del Señor resucitado. A María le encomendamos las necesidades de la Iglesia y del mundo entero, especialmente en este momento lleno de incertidumbres por la pandemia estamos padeciendo.



El rezo del Rosario en familia durante este mes de mayo ha de ser singularmente esmerado. Se trata de que nuestro amor a la Virgen crezca, y estemos atentos a los detalles concretos de cada jornada. Ahora que comienza la recta final del curso, pidamos a la Virgen por tantas personas, enfermos, matrimonios y familias. Que Ella nos conceda la fidelidad y la perseverancia durante todo este mes particularmente.

4) La presencia materna de María en el misterio nupcial

La Virgen María no está solamente presente en los albores de la Iglesia, y por tanto en el fundamento de la familia como Iglesia en miniatura, sino que también está presente de un modo totalmente singular en el signo inaugural de Cristo en el misterio de las bodas de Caná. El primer milagro de Jesús fue dedicado a la alegría. Con este «signo», Jesús se revela como el Esposo mesiánico que vino a sellar con su pueblo la nueva y eterna Alianza, según las palabras de los profetas: «Como se regocija el marido con su esposa, se regocija tu Dios contigo» (*Is 62, 5*). Y el vino es símbolo de esta alegría del amor; pero hace referencia también a la sangre, que Jesús derramará al final, para sellar su pacto nupcial con la humanidad.

Desde sus inicios, la comunidad cristiana vio en la personificación de Israel y de Jerusalén en una figura femenina, una significativa y profética referencia a la Virgen María, a la que se reconoce precisamente como “hija de Sión” y arquetipo del pueblo que “ha encontrado gracia” a los ojos del Señor. Es una interpretación que volvemos a encontrar en el relato evangélico de las bodas de Caná (cf. *Jn 2, 1-11*). El evangelista San Juan pone de relieve simbólicamente que Jesús es el esposo de Israel, del nuevo Israel que somos todos nosotros en la fe, el esposo que vino a traer la gracia de la nueva Alianza, representada por el “vino bueno”, el “vino mejor”. Al mismo tiempo, el Evangelio destaca también el papel de María, a la que al principio se la llama “la madre de Jesús”, pero a quien después el Hijo mismo llama “mujer”. Y esto tiene un significado muy profundo: implica de hecho que Jesús, para maravilla nuestra, antepone al parentesco el vínculo espiritual, según el cual María personifica a la esposa amada del Señor, es decir, al pueblo que él se eligió para irradiar su bendición sobre toda la familia humana.

El símbolo del vino, unido al del banquete, nos vuelven a proponer el tema de la alegría y de la fiesta. Además, el vino, como las otras imágenes bíblicas de la viña y de la vid, alude metafóricamente al amor: Dios es el viñador, Israel es la viña, una viña que encontrará su realización perfecta en Cristo, del cual nosotros somos los sarmientos; el vino es el fruto, es decir, el amor, porque precisamente el amor es lo que Dios espera de sus hijos.

¿De qué modo María renueva nuestro matrimonio? ¿Qué prácticas conyugales nos hacen presente que María intercede y alienta nuestro amor conyugal? ¿En qué modo la Virgen María contribuye a que nuestro amor humano se transforme en caridad conyugal? Este mes de mayo es preparación inmediata de la celebración de las consagraciones y de los que se harán, Dios mediante, aspirantes, en *Familias de Betania*. ¿Cómo vamos a preparar esta fiesta? ¿Conoces a los aspirantes, rezáis por ellos?



5) Resumiendo

La Virgen María está presente de un modo singular en el sacramento del matrimonio y en el misterio de la Iglesia, como gran familia, y de la familia, como Iglesia doméstica. Su presencia materna introduce y conduce hacia Cristo.

Ella, como Esposa del Espíritu Santo, es fuente de gozo y alegría. Se trata del júbilo que procede de Dios, que otorga serenidad y se comunica creando verdadera comunión. Como decía San Pablo VI en *Gaudete in Domino*: “la sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría. Porque la alegría tienen otro origen. Es espiritual” (n. 8).

María nos invita a “aprender a gustar simplemente las múltiples alegrías humanas que el Creador pone en nuestro camino: la alegría exultante de la existencia y de la vida; la alegría del amor honesto y santificado; la alegría tranquilizadora de la naturaleza y del silencio; la alegría a veces austera del trabajo esmerado; la alegría y satisfacción del deber cumplido; la alegría transparente de la pureza, del servicio, del saber compartir; la alegría exigente del sacrificio. El cristiano podrá purificarlas, completarlas, sublimarlas: no puede despreciarlas. La alegría cristiana supone un hombre capaz de alegrías naturales. Frecuentemente, ha sido a partir de éstas como Cristo ha anunciado el Reino de los cielos” (*Gaudete in Domino*, n. 12).

Celebrar con María y celebrar a María es una dimensión fundamental de toda celebración católica. Podemos reflexionar de qué modo nuestras celebraciones familiares y nuestras prácticas conyugales pueden ser más marianas.

6) Concretando

1. ¿Cómo está presente la Virgen María en tu casa? ¿Qué gestos y detalles se te ocurren para vivir más profundamente este mes de mayo? ¿Con qué prácticas iniciar a los hijos en la devoción a María?
2. ¿Qué celebraciones marianas os ayudan más? ¿De qué modo la Virgen es fuente de alegría en vuestra vida?
3. ¿Cantáis el *Regina Coeli* en familia?
4. ¿Qué prácticas marianas os ayudan a vivir vuestra vida conyugal?

7) Práctica familiar

Durante este curso la propuesta de práctica tiene relación con las celebraciones familiares. Cada trimestre haremos una sugerencia, buscando enriquecer la tradición familiar con algún rito nuevo, más cuidado y esmero de algunos detalles.

Tercer trimestre: Celebrar los domingos con un bendición singular de la mesa (*berakah*), la práctica de la escucha del Evangelio en familia (*ruminatio*) y una comida o cena más cuidada.